

Blanco Fombona y el país sin memoria¹

El gomecismo constituye un bloque cronológico casi generacional: veintisiete años; una unidad política, expresada a través de la construcción piramidal, caudillo sobre caudillo, hasta llegar a la cumbre con el Jefe Supremo, absolutizado y único; un régimen económico excepcional, pues, por primera vez, en forma coherente y con una fuerza de cambio tremenda, chocan y se entrelazan la producción agropecuaria y la explotación minera –lo cual no había sucedido con el oro, el carbón y el cobre–, monoexportadora de petróleo y símbolo arrollador del imperialismo norteamericano.

Antes que fenómeno telúrico, el gomecismo fue un fenómeno global de la sociedad venezolana en transición. Antes que un fenómeno de ambiente y carácter, con masas caóticas que pedían un gendarme necesario, y antes que un fenómeno azarístico donde contaron la intuición y lo providencial, el gomecismo fue la respuesta nacional, paz y orden, garantía a los capitales invertidos, y gobierno fuerte y armado, al esquema continental diseñado por la Doctrina Monroe y por la emergencia de EE.UU. como gran potencia enfrentada a Inglaterra, no sólo con una diplomacia victoriosa a partir del bloqueo de 1902, sino también, y esto sería decisivo, a través del control de las fuentes petroleras.

Características parecidas no las había tenido ningún otro gobierno anterior. Los regímenes surgidos de la Guerra Federal reemplazaron el caudillismo de los héroes de la independencia –los Páez, Monagas, Soublette– por el de los generales y doctores del liberalismo,

¹Prólogo escrito para el libro *Ensayos históricos* de Rufino Blanco Fombona. Selección y cronología de Rafael Ramón Castellanos. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1981.

divididos entre sí, luego de matrimonios de conveniencia, y lanzados a fundar facciones y corrientes adjetivas que muchas veces sólo llegaban a tener validez regional. La estructura agraria y la administración descentralizada, la presencia del cacique y de los oficiales de montonera, el recurso de la peonada para levantar recluta, la inexistencia de un ejército institucionalizado, así como la irrupción de corrientes filosóficas, políticas y literarias, verbigracia el positivismo, el anarquismo y el naturalismo, determinaron la sucesión de gobiernos frágiles, de ridícula duración algunos, entre los cuales apenas si despuntó la autocracia del Ilustre Americano, prolongada, por intervalos, a través de la fórmula continuista.

La oligarquía liberal encarnó la destrucción del partido que se creía en el poder, y de su seno, alimento de disidencia y secta, salieron más opositores a los gobiernos de la treintena finisecular, que de la propia oligarquía goda. No por casualidad he apuntado lo de *treintena*, pues aparte de constituir una “unidad generacional” en el sentido cronológico, marca a la perfección el período que corre entre la revolución de abril de 1870 y la victoria de la invasión castrista, en octubre de 1899.

Búsquese en esos tres decenios una mano que lo controle todo, un hombre que haya sido ungido como el Único, un aparato militar obediente hasta en la letrina del cuartel, un Congreso sumiso y elegido a dedo desde Maracay, un cuerpo de doctrina como el que salió de los editoriales de *El Nuevo Diario* y de los libros de Vallenilla Lanz, y nada de eso será encontrado. Mientras tal período fue de diversidad dentro de la oligarquía liberal, el de Gómez lo fue de unidad en torno suyo, puesto que ni partidos existían.

La fluidez del proceso político entre 1870 y 1899, la aparición de partidos dentro de los partidos –algo tan poco absurdo como el teatro dentro del teatro, la novela dentro de la novela– y

la adhesión casi orgánica de los intelectuales al aparato burocrático y al combate fanático, convirtieron al escritor y al artista, al periodista, al poeta y aun al sacerdote, en militantes de una causa casi siempre tan pasajera como el jefe político que la encabezaba, como el régimen que la alimentaba desde la Casa Amarilla, o como el levantamiento armado que la impulsaba. Bastaría un repaso a los periódicos de la época, a la literatura panfletaria y a los manifiestos lanzados desde el campo de batalla o el lugar de exilio, Trinidad y Curazao por ejemplo, para comprobar las pasiones mudadizas de los intelectuales, sus virajes bruscos, su destino marcado por sucesos repentinos, su tránsito de La Rotunda² al palacio de gobierno y viceversa. En fin, su inestabilidad.

Castro heredó el viento. Mientras Juan Vicente Gómez murió en el ejercicio del poder y pudo definir, a la altura de los años veinte, a los intelectuales, en dos campos nítidamente delimitados, El Cabito³ no pudo sostenerse en él más que nueve años, estremecido su mandato por la mayor revolución que haya vencido gobierno alguno en Venezuela, por el mayor enfrentamiento que el país haya tenido con las potencias extranjeras y por el mayor acto de traición que un político haya consumado contra su protector, compadre y amigo.

De este modo, si durante las tres décadas finales del siglo XIX, los intelectuales reflejaron en sus obras y actos una conciencia pendular, casi inasible como homogeneidad, a lo largo del castrismo, golpeados por aquella trinidad de conmociones, oscilaron todavía con mayor fuerza y rapidez. Ubicar los cambios de Bolet Peraza, Tomás Michelena, Potentini, O'Brien,

²Cárcel caraqueña demolida en 1936.

³Cipriano Castro.

Picón Febres, Gil Fortoul, Pietri Daudet, Silva Obregón, Tosta García, Arévalo González, Eduardo Blanco, Romerogarcía, Fortoul Hurtado, Villegas Pulido, Racamonde, Silva Gandolphi, Vicente Amengual, Calcaño Mathieu, Cabrera Malo, Alejandro Urbaneja, Odoardo León Ponte, Jacinto López, Celestino Peraza, Miguel Eduardo Pardo, Pedro Vicente Mijares, Andrés J. Vigas, Luis Ramón Guzmán, Andrés Mata, Carlos Borges, Samuel Darío Maldonado, López Baralt, López Fontainés, Pedro Manuel Ruiz, Carlos Benito Figueredo, Bruzual Serra y Blanco Fombona, entre otros y para no alargar imprudentemente la lista, resultaría una tarea difícil, por lo efímero de las posiciones y el flujo continuo de la política, que reniega de periodificaciones y etiquetas durante esa treintena. Pero tratar de hacerlo en relación con una etapa más breve y mutante, de más carga emocional y conflictividad política, es prácticamente imposible. Ni siquiera Picón Salas, en su estudio de época, logró captar todas las ondas secretas de aquellas mudanzas, y eso que acudió a las fuentes escritas y al testimonio oral, a más de darle trabajo a la imaginación, que no era poca.

El castrismo agudiza tales contradicciones, que envuelven no tan sólo lo ideológico sino también lo humano. Fue una época que concentró pasiones y las puso a jugar en todos los terrenos: libros de ataques panfletarios como *El Cabito*, de Morantes, y novelas de escenografía político-social, como *El hombre de hierro*. Diarios íntimos como *Camino de imperfección* y de terribilidad carcelaria como el de Antonio Paredes. Memorias (aquí también en singular: memoria), como las que cursan en la primera parte de la obra de Pocaterra, o se explayan en un relato novelado al estilo de Pérez Hernández. Catecismos de adulación como el de Figueredo, *Presidenciales*, que duplican los halagos de *Abigaíl Castillo*, en las secciones sociales de los diarios de la Restauración. Documentos de archivero minucioso (a veces *grandes, enormes minucias*, al decir de Chesterton) como aquellos acerca de las invasiones colombianas a

Venezuela, recopilados por Landaeta Rosales con olvido de las invasiones venezolanas a Colombia. Virajes increíbles a la manera de Dominici, quien salta de la prosa decadentista de *La tristeza voluptuosa* al libelo contra el *sátrapa*, del libelo contra el *sátrapa* a la evocación griega de *Dionysos*, y de la evocación griega a la pintura del *mono trágico*. Y mucha literatura sobre los bandidos alemanes de Guillermo II, y mucha hoja aclamacionista, y mucho telegrama laudatorio por la victoria sobre Matos, y mucha adhesión al *Mocho*⁴ por su gesto patriótico al salir de la fortaleza de San Carlos, y muchos juramentos, cumplidos o rotos, con motivo de la Aclamación y la Conjura, y muchos mensajes que luego figuraron en *Los felicitadores*, y mucha delación desde Nueva York, y muchísimas confidencias desde Puerto España y Bogotá.

Blanco Fombona no escapó de esta inestabilidad característica del castrismo. No fue, como Arévalo, rígida excepción, sino, como la abrumadora mayoría, figura oscilatoria. Podría afirmarse, sin el riesgo de un error condenable, que Blanco Fombona mantuvo una actitud de apoyo a Castro que cubre casi toda su gestión, entre 1899 y junio o julio de 1908. Que de aquí en adelante, seis meses aproximadamente, objetó al dictador y hasta participó como líder en los sucesos postreros de la Semana Trágica, y que en los primeros tiempos de Gómez impulsó al gobierno de la *reacción*.

Conviene una revisión de ese período, porque hay sombras y luces definidas. Nada de penumbra.

No firma la carta de apoyo a Castro aparecida en *El Pregonero* el 28 de octubre de 1899,

⁴General José Manuel Hernández.

menos de una semana después de la entrada de sus ejércitos a Caracas. Allí están, sí, Pedro-Emilio Coll, Elías Toro, Carlos León, Acosta Ortiz, Angel César Rivas, Razetti, Santos Dominici... ¿Explicación probable? Todavía no ha regresado de Estados Unidos, en donde vivía voluntariamente expatriado tras breve prisión bajo el gobierno de Andrade. La ausencia debe también haber influido para que no se le mencionase en el intercambio epistolar sostenido por la prensa entre Romerogarcía y Arévalo González. Para convencer a éste, el autor de *Peonía* invocaba los nombres de varios intelectuales, casi todos jóvenes, ya incorporados al castrismo naciente. Arévalo resiste, no sin exigir la prueba del tiempo: “Déjame persistir en mi creencia de que no basta derribar el ídolo, si los sacerdotes quedan. El jefe de un pueblo que no quiere vivir en tinieblas debe pulsar perennemente la opinión pública por medio de la prensa libre: deja pues que mi ingenuidad sea la arteria donde pueda contar el general Castro las pulsaciones de esa querida enferma que se llama Venezuela”.⁵

La redacción de las cartas públicas de Arévalo escondía, bajo su envoltura de paternal moralismo y de vocación heroica, una inflexibilidad poco común en el escritor venezolano de esos tiempos. Como antes, la persecución y la cárcel lo esperaban, y como a *El pregonero*, se le acusaría de godo, en tanto que a Blanco Fombona se le tenía como liberal. Pero los tres, sin saberlo, llevaban la marca en la frente. Iban a cruzar el siglo y la vida política venezolana como seres trágicos, que no otra cosa son quienes comprometen la palabra. Cielo e infierno, he allí su matrimonio.

Antes de finalizar el año, el país vive ese tramo de exaltaciones propio de las

⁵*El Pregonero*. 13.XI.1899. La carta de Romerogarcía es del 8.XI.1899.

revoluciones triunfantes. A Paredes lo califican de *loco* que ha desatado una tormenta en Puerto Cabello; los Ducharne son señalados como peligrosos hernandistas; Luis Bonafoux, colaborador de *El cojo ilustrado*, le confiesa su venezolanismo entrañable a Castro (“Fue mi abuelo el doctor Ángel Quintero”: ¡nada menos que el Ángel malo!); alguien propone negociar un empréstito con la Casa Morgan, ofreciéndole a ésta como garantía “los terrenos ganados a Inglaterra en la cuestión Guayana”; Luis F. Nava revela, desde Maracaibo, que hay una conspiración en marcha cuyo cabecilla es Helímenas Finol; y finalmente Benjamín Ruiz, quien en los ejércitos de Castro, y con su conocimiento, se hacía pasar como *Rafael Bolívar*, está encargado de la jefatura militar de Carabobo.⁶ Ninguno de estos datos, elegidos aparentemente al azar, serían extraños al fatum de Blanco Fombona.

En efecto, el 17 de febrero de 1900 Benjamín Ruiz toma posesión de la Jefatura Civil y Militar del Zulia y lo nombra secretario general. El 27 se produce el atentado contra Castro; era martes de carnaval. Ya el 1º de marzo Blanco Fombona, desde Maracaibo, envía un mensaje a su “amigo de corazón” y le participa que “los conservadores han querido suprimir con Ud. otros veinticinco años de partido liberal en el poder”. Desde un diario de Valencia se clama, sin embargo, contra los anarquistas y se identifica el acto de terror con el socialismo que recorre el mundo. La prensa castrista de Caracas, también la del Zulia, muestra su indignación por el hecho de que el complotista Finol se ha refugiado en la casa del cónsul E. von Jess, lo cual interpretan los redactores como una intromisión extranjera. Mientras Pietri Daudet, por Europa, monta su epistolario idolátrico hacia el que ya empiezan a llamar Héroe y comparar con Bonaparte, y en

⁶*Boletín del Archivo Histórico de Miraflores (BAHM)*. Nos. 11, 14, 33 y 70.

tanto Luis Valera, desde allá mismo, Maracaibo, solicita el fusilamiento de Anselmo López –el frustrado magnicida–, Blanco Fombona se ve envuelto en una madeja de intrigas que lo conducirían a su enemistad con Ruiz y finalmente al encuentro fatal con el jefe de guardia, el coronel Iturzaeta, a quien mata, no sin alegar ante Castro y la justicia, con un cúmulo de pruebas, “defensa propia”. El yo de Blanco Fombona, ya probado en 1898, cuando enfrentó a tiros al edecán de Andrade, volvía a revelarse, asumiendo esa forma proyectiva que es el “riesgo físico”, el desafío a la muerte, la afirmación sangrienta. El ego, el concepto del honor español y el *machismo* que el venezolano había sobrevalorado a través de las aventuras armadas, tiraban nuevamente los dados.

Claro está, Blanco Fombona había denunciado a Castro el mal camino de la gestión de Ruiz, aconsejado por el colombiano José I. Vargas Vila, y había protestado su lealtad a quien ocupaba “altísimo puesto en las páginas de oro de la historia”; pero Castro, al fin y al cabo, guardaba alguna gratitud para el falso Rafael Bolívar, contra quien su ex secretario, una vez liberado, en medio, dice él, del contento popular, escribiría un folleto demoledor: *De cuerpo entero. El Negro Benjamín Ruiz*. Este personaje todavía habría de aparecer en la vida de Blanco Fombona, y acerca de él Ramón J. Velásquez ha elaborado una serie de notas biográficas, parcialmente incorporadas en su libro *La caída del liberalismo amarillo* que lo señalan “como incendiario en Panamá, monedero falso en Nueva York y hombre de oscuras historias en Nicaragua y Costa Rica”.

Antes de que Blanco Fombona fuese designado secretario en el Zulia, había enviado a un diario restaurador un comentario que mereció tratamiento editorial. Elogiaba los nombramientos de Santos Dominici, López Baralt y Lisandro Alvarado como rectores de las universidades de Caracas y el Zulia y del Colegio Federal de Barquisimeto. No era aquélla, notícula de elogio

puro y simple, no obstante los méritos que él acumuló en cada uno de los jóvenes escogidos para esos cargos, sino de advertencia en torno al estado de la educación a finales de siglo, por él considerada excesivamente liberal y libresca, “semillero de inútiles con título de doctores”.⁷ Creía firmemente, y en ocasiones posteriores insistiría sobre el tema, en la necesidad de limitar las universidades nacionales e invertir más dinero en colegios de Agronomía y Mineralogía, pues le parecía un exabrupto que no existieran en un país agrícola y minero.

Finalmente sale de la cárcel y es enviado como cónsul en Amsterdam. Pietri Daudet y Dominici alaban más y más al nuevo gobernante, aunque ya el segundo está a punto de romper con él. Gil Fortoul cruza por Trinidad, también en funciones consulares, antes de viajar a Londres: larga, ininterrumpida, sin rebeldía, la carrera de este sólido historiador cuya única excusa futura será la de haber visto con honradez el pasado. También el poeta rebelde de *Pentélicas* –¡ah, el del grito bohemio, el de la numerosa falange, audaz y fuerte!– emigra a Málaga, un cónsul más. Zumeta reside en París y edita la revista *América*, firme aún en su política de “yo acuso” internacional, por lo cual aprovecha la ocasión para declararle la más leal amistad al vencedor de Tocuyito y denunciar las maniobras de Mr. Loomis. Es uno de esos ensayistas de telescopio, capaz de ver desde lejos las leyes del desarrollo económico, los procesos sociales, la diplomacia del águila; de allí su *Continente enfermo*, publicado cuando al país le seccionaban la Guayana Esequiba. Desde Puerto España Francisco Jiménez Arráiz informa a su gobierno la salida de Ducharne hacia el oriente, por el caño Coporito. La pequeña obra *Del vivac* ha sido prologada por Rufino quien entonces admiraba la descripción del brillante

⁷*La Restauración Liberal*. 25.I.1900.

caudillo, el General de la barba negra: “El libro deslumbra como un gran lienzo militar de Messonier, Detaille o Neuville”. Miguel Eduardo Pardo, en París, que era una fiesta, mal aconseja: “Ahora falta, General, que Ud. haga un escarmiento, pero muy serio... sobre todo con esos entes ridículos que como el señor Matos creen que dirigir al país es dirigir una casa comercial que vende papel de estraza y manteca en latas. Los traidores como Mendoza se fusilan; a los tontos como Lowstoky (sic) se les toca La Perica⁸ en la Plaza Bolívar, como hizo Alcántara con Pulido”.⁹ El hermano de Rufino, apresado años más tarde por oír el llamado de la revolución anticastrista, se siente fascinado ante el César. Cabrera Malo, a la sazón joven de 28 años, se queda en el país, pero como ministro, al lado del sesentón y legendario autor de *Venezuela heroica*.

El intelectual, huésped de las abstracciones, creador de universos ficticios, reconstructor del pasado procer, novelizador del “alma nacional”, habitante de la Grecia dionisiaca, cronista del anarquismo europeo, apasionado del superhombre nietzscheano, amigo de la bohemia y los amaneceres rojos, ¿qué ha hecho en el año I de la Restauración? Construir su pedestal político.

Salvo un atrabiliario como Romerogarcía, quien tuteaba desafiadamente a Cipriano, pasando de jefe revolucionario a preso político en el Castillo de Puerto Cabello; o como Arévalo, enamorado de sí mismo y cultor del gesto; o como Paredes, que poseía las fijaciones del guerrero abandonado y construía su torre de orgullo; o como los renuentes de primera hora que creyeron en un cobro próximo que al no llegar los hizo transigir, los intelectuales traicionaban. Tenían aún tres oportunidades: la *Sacrada* de 1901, la revolución multicaudillesca del general banquero¹⁰ y

⁸Baile popular venezolano.

⁹BAHM, N° 43.

¹⁰Se refiere al general Manuel Antonio Matos.

el patriotismo declamatorio de los días del bloqueo. Los que allí estuvieron, aprendieron prontamente cómo en Venezuela la política inundaba, arrasaba, y no dejaba piedra sobre piedra.

Desde la lejanía contempla la tierra madre de que habló más tarde su biógrafo Carmona Nenclares. Ha ido, él también, a Amsterdam, como cónsul. Tiempo de viajes, de vida mundana, de lecturas, de amor, pero no de luchas. Aquí sí las hay. El país arde, y “la guerra de los mil días” de Colombia atraviesa la frontera, y la nuestra, en un mecanismo compensatorio, también la salta. Quienes ven con mirada clara, él y Zumeta entre los mejores, temen la mano imperialista y la mano conservadora: juego de manos peligroso. El 21 de septiembre de 1901 se dirige a Castro para informarle cómo ha escrito largos artículos para tres periódicos en los que explica la invasión colombiana y la rapiña de los Estados Unidos, de las que Ud. “ha salvado a la patria”, como hombre de acero “con voluntad e inteligencia previsor”,¹¹ no sin añadir que el dominio militar de estos pueblos “no es tan fácil como se lo imaginan los saladores de marranos de Chicago y New York”.

Los oligarcas conspiran y son aplastados. Figueredo eleva la prosa confidencial y delatora hasta una altura informativa que provocaría la envidia del mejor servicio secreto, y la hace descender hasta un nivel moral y político que difícilmente podrían superarlo más tarde José Ignacio Cárdenas, Yanes o Barceló, cuando Gómez convertiría la red diplomática y consular en los ojos y oídos del mundo.

Los periodistas, perros guardianes de las buenas conciencias, repletan las cárceles, al lado de los insurrectos, porque algunas veces ellos también lo son: con la crítica de las armas o con

¹¹BAHM, N° 39.

las armas de la crítica. Haciéndole compañía al autor de *Escombros*, esa moralizante e híbrida novela antianduecista, están Pedro Manuel Ruiz, los Pumares desde luego, por ser *El Tiempo*¹² tinta y sangre conservadoras; y Rafael Golding, España Núñez, Max Lores, Alberto González, Lesseur... *La Linterna Mágica* ha demostrado lo que es la prensa de nuevo tipo donde la caricatura, el texto y la agudeza suplen al dicerio. La Rotunda no se abre para aquellos comprometidos en empresas armadas, pero sí para quienes han cometido los delitos de opinión. Se organiza mientras tanto la Juventud Restauradora y los ojos tiemblan de sorpresa al ver a Delfín Aurelio Aguilera –más tarde uno de los lapidados por el panfleto fombonista– al lado de Gabriel Muñoz, poeta parnasiano, y de los mejores, o de Pedro-Emilio Coll, entonces y después juzgado como hombre de pasiones apagadas, en ceniza, sin el fuego de los políticos de ateneo. Pero Venezuela guarda sorpresas y muchas de ellas están como serpientes en cajas de juguete a la espera de que algún crítico, infantilmente, venga a curiosear. Entre esos intelectuales restauradores, jóvenes de garra, podrían anotarse además a Jacinto Añez, Gorrochotegui, Eloy G. González: cada uno en su momento tendrá su parte.

Blanco Fombona, en 1902 y 1903, vive aún en Amsterdam, con sus viajes de escape y su literatura de búsqueda cuyos terminales quedan en París, ombligo del mundo. Hay un coronel, traído de Higuerote, Augusto Blanco Fombona, que oye cuentos prodigiosos de labios de un general cuya principal forma de guerrear es el periodismo: Romerogarcía. Con ellos el joven restaurador Aguilera, quien irá tomando notas para escribir una tipología venezolana, con sus jefes civiles y militares, políticos corruptos, diaristas venales, y así sucesivamente. El consulado

¹² Periódico caraqueño de la época.

seguramente se tambalea o es costeado con fondos de la hacienda de los Blanco Fombona porque Rufino, desde Holanda, le expresa a Castro, con bastante dignidad, que él, como no ha pedido nada antes, tampoco le pedirá nada ahora. Y al anunciarle el envío de un periódico francés donde seguirá defendiendo el nombre de Venezuela y su gobernante, aclara que lo hace por patriotismo y por admiración a quien no se dejó intimidar por los miserables europeos. En la postdata, sin embargo, hay una solicitud política: “Yo no oí las invitaciones que se me hacían a menudo para la revolución; desgraciadamente mis hermanos sí la oyeron. En la cárcel de Caracas hay un joven de nombre Augusto; yo no creo que si Ud. lo pone en libertad pelagra el gobierno”.¹³ Pardo, siempre en París, manifiesta que sigue dando la batalla por la defensa de los ideales políticos de Castro, tanto en la *Revue Americaine* como en *La Vie Cosmopolite*, lo cual no impide que cuando muera en 1905 la literatura panfletaria de Vargas Vila lo exhiba como un campeón antidictatorial. Acá, mientras tanto, se retira del periodismo Max Lores y el veterano Laureano Villanueva renuncia, ante prohibiciones políticas, a continuar al frente de *El Patriota*.

1904 es un año decisivo en Blanco Fombona, primero porque sale el poemario *Pequeña ópera lírica*, con prólogo de Darío, y segundo porque torna al país. En esos instantes los poetas cantan a Castro: al lado del viejo Heraclio Martín de la Guardia, quien había alabado las águilas caudales del castrismo, a su entrada a Caracas, Alejandro Romanace, con la mitificación del *Siempre Vencedor Jamás Vencido*.¹⁴

Fue este paso de Blanco Fombona por Europa algo así como un extraño interludio. Sobre

¹³BAHM, N° 43.

¹⁴Cipriano Castro.

él, la sombra de un homicidio involuntario o, por lo menos, promovido por la arrogancia de un hombre que, efectivamente, dejó una estela de negocios sucios en el Zulia, probatorios de su mala fama continental. Atrás, una obra que había iniciado con *Trovadores y trovas*, continuado con *Cuentos de poetas y Cuentos americanos*, para culminar en un libro de poemas sorprendente. Frente a él, sin saberlo, el aletazo de otro suceso sangriento y el signo fatal de la controversia interna. Ya ni escoger podría. ¿Por qué? Porque entre los varios caminos que se le abrían, su decisión estaba determinada, no por una opción, sino por la plenitud vital de que tanto había hecho alarde, incluso en su poesía. Por lo tanto, seguirá en la política menor; escribirá breves cantos para periódicos y revistas; insistirá –y no imaginaba entonces en qué medida– en el artículo polémico y el libelo lapidario; intentará la crítica, ya en un plano más denso, menos poetizado y modernista; y, por fin, se irá a lo que para él es *terra incognita* y reto a su individualismo desaforado, su ansia de vigor desparramado, de potencia en diaria actualización. A Río Negro.

Comparados los textos públicos, esto es, los que él dio a conocer entonces y después en la vasta obra donde la hemerobibliografía es una torre de Babel, con los que eran calificables de secretos, revelados hoy por el Boletín del Archivo de Miraflores, la actuación política de Blanco Fombona queda libre de suspicacias, en algún tiempo alimentadas por lo tumultuoso de su río vital, con encuentros homicidas, algarabías carcelarias, denuestos a todo pulmón, inculpaciones desbordadas y autojustificaciones de un yoísmo apabullante. Puede uno revisar sus diarios, los retrocesos evocativos de algunos de sus trabajos, las notas a pie de página, las intercalaciones en *negritas* de sus textos acusatorios, los apéndices con fechas postergadas y hasta sus desafíos sobre las manchas de su pasado, y cotejarlos con las notas confidenciales que ahora y sólo ahora pueden conocerse, y en verdad encontrará un temple de sinceridad: no delató, como la

vergonzante mayoría de los cónsules; no pidió de rodillas, sino con elegancia de señor de la literatura; no aduló, tampoco glorificó.

Los testimonios durante el período 1899-1904 indican que estuvo al servicio de Castro y lo admiró hasta llegar al elogio por las actitudes de El Cabito a lo largo de la revolución matista, el bloqueo de las grandes potencias, la Doctrina Monroe y el conflicto con Colombia. Era, desde luego, una subordinación, pero no un servilismo. Entre *Trovadores y trovas* y el poemario prologado por Darío discurre una obra germinal donde el panfleto y el artículo de combate están inflamados por el odio a la dictadura, la fobia al imperialismo, la defensa de lo americano y lo nacional, el repudio visceral a la vileza y la perversión. Leer linealmente a Blanco Fombona es sinónimo de fracaso. Para acosarlo, es preciso simultáneamente acudir a la interlínea, los prólogos, los falsos epílogos, las llamadas, el piso emocional, las rupturas y acercamientos, y la enfermiza variación poligráfica.

Hasta aquí, y mientras regreso a otra jornada del castrismo, he querido demostrar cómo este régimen, al heredar las contradicciones del período de la oligarquía liberal, y al concentrar el conflicto entre la diplomacia europea y la monroísta, desarrolló al máximo la dispersión ético-política de los intelectuales. Al terminar el “período cipriano”, el porcentaje de escritores y periodistas que no se contaminó, o que mantuvo un trazo recto en sus actos, resulta mínimo, si no risible. ¿Acaso Arévalo? Es posible. Todos los demás tuvieron sus días y años de respaldo a Castro, y métense allí al inclemente Pío Gil,¹⁵ al martiano Zumeta, al olvidadizo Gil Fortoul, al alzado Santos Dominici y a su hermano, converso decadentista; al novelista Carnevali Monreal y

¹⁵Seudónimo del escritor tachirenses Pedro María Morantes.

al sociólogo Carlos León, uno muerto en La Rotunda benemérita y otro, jefe de una porción del destierro; y, por supuesto, al mismo Blanco Fombona.

El gomecismo, por su extensión en el tiempo y por los elementos unitivos de los que careció el régimen antecedente, ofrece más claridad para el análisis. Los diez años que van desde 1909 a 1919, momento de un singular complot cívico-militar, definieron las líneas de batalla. Las ilusiones de los caudillos, amigos de Gómez en el tramo del ascenso, o enemigos de Castro en el de la caída, quedaron decepcionados (la mayoría) o afiliados al nuevo régimen, aun a sabiendas de todas sus aberraciones, de tal manera que cuando adviene la década del *whisky and soda*, del *fox* y de los ismos, de la generación estudiantil y de las últimas invasiones, ya todos están definidos. Excepciones como las de Gil Borges y Santos Dominici, cuya deserción del régimen se produce en 1921-22, son específicamente eso: excepciones.

Ahora bien, uno de los pocos que tempranamente desacomoda e incomoda es Blanco Fombona; y no deja de ser curioso, como después se verá, que los periodistas y escritores formaran el primer grupo crítico del gomecismo entonces inobjetado.

Mariano Picón Salas, en un conmovedor texto otoñal, confesó que de no haber emigrado de Venezuela su destino habría sido el del alcohol y la sífilis, el de la cárcel o el de la política de segunda, como secretario o cónsul. Y que, como no tenía vocación de héroe, escogió la huida. En otro sentido y en otro país latinoamericano, la huída fue la opción. Mariátegui se va de América para hacer su “mejor aprendizaje”, y cuando vuelve arroja sobre el Perú y el continente la palabra sabia y el proyecto revolucionario. Picón Salas se alimenta en Chile de vastos conocimientos, pero la Revolución con mayúsculas –dice él– no lo obsedía. En Blanco Fombona,

viajes y fugas adquieren un color existencial y específico, yoizado, pero en el fondo expresan el drama de esta tierra que destierra.

Pareciera que las figuras de Bello y de Baralt fuesen entonces el paradigma. Pero hay quienes optan, como ellos y Picón Salas, y hay quienes sufren por no ejercer el don de la escogencia. Los viajes de Blanco Fombona han tenido diferentes templos emocionales: el de 1893 a Filadelfia es consular y formativo, pues no ha llegado a los veinte años y busca abrirse paso, ver horizontes, abastecer lo que será *la vida* de su poética; el de 1900 y el de 1907 son expiaciones, interregnos éticos, no obstante que su teoría acerca del “hombre de acción” se lo impidiera; y los de 1898, tras la breve prisión en La Rotunda andradista, y 1910, tras la prisión en La Rotunda gomecista, serían de exilio. El país lo vomitaba.

Sabido es cómo reaccionó Pérez Bonalde al enfrentarse al ambiente político y moral de la Venezuela de entonces. No soportaba aquel submundo de peleas, bohemia, guerras intestinas, y como “cazador de certera puntería y giróvago infatigable” –así lo dibujó en una viñeta de *trovador* Blanco Fombona–, pensó en una nueva huida: “Que quiero irme –le dijo a Pimentel Coronel–, que la parodia de lo grande me corre; que el ridículo me acecha”.¹⁶ A poco triunfaba la revolución legalista de Crespo, a cuyos ejércitos se había sumado, con dieciocho años apenas, Blanco Fombona. La victoria coincidió con la muerte de Pérez Bonalde en La Guaira, rodeado de miseria económica y humana. Y ahora los expatriados eran los triunfalistas de ayer, a quienes en París el Ilustre Americano mira pasear en sus calesas *rastaquoueres* en el Bois de Boulogne: Andueza Palacio, Level de Goda, Villegas, Urdaneta. Las suertes trocadas no son en Venezuela

¹⁶Eduardo Carreño. *Vida anecdótica de venezolanos*, 1941, p. 93.

otra cosa que el pan de cada día. En 1899 aquel gozoso, prepotente, megalómano Guzmán Blanco moriría en París, ya sin poder, prácticamente solo, en tanto el beodo Andueza se preparaba para encargarse de la cancillería castrista.

Es posible que tanto en Picón Salas como en Blanco Fombona¹⁷ la profecía sobre el acecho de los tres mundos y el peligro de las tres tentaciones se haya cumplido al revés. Concretamente, Blanco Fombona iba cayendo, a raíz de los sucesos de 1908, en la política subalterna que, de continuar así y no haber sido cortado en seco su desarrollo, lo habría convertido en cumplido secretario de la Cámara de Diputados, con la posibilidad de ascender alguna vez a un ministerio, como el bueno de Pedro-Emilio Coll, a una senaduría, como el inmovible Diógenes Escalante, a una diputación como Delfín Aurelio Aguilera, a un Congreso de Plenipotenciarios como Andrés Mata, a una presidencia de Estado como Díaz Rodríguez, o a la de la República –así el mandato fuese ficticio– como Gil Fortoul.

Cuando Blanco Fombona se expatria en 1910, lejos de él el pensamiento de que aquel drama duraría un cuarto de siglo y tomaría su vida en vilo para soltarlo aquí, cansado, senescente y combatido. De todas maneras, Venezuela mataba a quien no se rendía. No tenía piedad la que gobernó Gómez: hombres que fueron suyos, con alta figuración política e intelectual, como Angel Carnevali Monreal y Pablo Giuseppe Monagas, murieron en la cárcel; poetas como Eliseo López y Torres Abandero y periodistas y escritores como Domínguez Acosta y Pedro Manuel Ruiz, también. Otros, como el joven estudiante Armando Zuloaga Blanco, perteneciente a su rama familiar, perecieron en invasiones.

¹⁷Una y otra son explicaciones tardías. Véase más adelante.

Los demás, a las carreteras, a los castillos salinos o, como él, al destierro. Claro, quedaban las alternativas diabólicas: el alcohol, la enfermedad secreta, la oficina secretarial, la soledad y el aislamiento.

Se dirá que el cuento está mal contado. Que Cecilio Acosta, de temperamento austero, y Juan Vicente González, colérico y cambiadizo, no frustraron su obra y que ella es testimonio de la complicidad con su época, ese saber gozarla sufriendola, y del debate encarnizado y temporal. Es verdad, pero también lo es su reverso. Todavía Acosta y González vivieron una Venezuela que alternaba la represión con la expresión, la guerra con las elecciones, las bóvedas con “el cuarto poder”. Todo lo que divulgaron en diarios y revistas esos dos pensadores, ¿hubiese podido escribirlo Blanco Fombona en *El Nuevo Diario* de 1915, *El Universal* de 1925, en *La Esfera* de 1935, o en *El Pregonero* de los primeros años del gomecismo? La historia, inclemente, ha dicho que no. Y ha dicho asimismo que Gómez no permitiría órganos de expresión autónomos donde asomara la menor divergencia. Pocaterra, en ese sentido, conoció, por lo menos, dos experiencias en menos de un año: la de *El Fonógrafo* y la de *Pitorreos*. Y Blanco Fombona, en 1909, a partir del asesinato de Chaumer, pudo darse cuenta de cómo y por dónde venía la tormenta.

La frase de Picón Salas se encuentra ya en el *Diario* de Blanco Fombona, quien a las alturas de 1932 confiesa: “De haber permanecido en mi país de origen, la política, la sífilis y el aguardiente me hubieran liquidado”.¹⁸ La valoración, pues, del éxodo como elemento de salvación y de Venezuela como hidra de tres cabezas (“Madre de extraños y madrastra de sus propios hijos”, según Andrés Eloy Blanco), no constituía una impostura en ambos escritores.

¹⁸Las frases de uno y otro son casi idénticas. La de Blanco Fombona fue escrita en 1932. Ver: Angel Rama. *Rufino Blanco Fombona íntimo*, 1975, p. 180.

Además tuvieron el cuidado de robarle al futuro las posibilidades de fruto que aquí eran semilla estéril. Picón Salas, que no era *político*, se metió de cabeza en una biblioteca chilena para ofrecer después una prosa alimentaria, múltiple, de dilatada visión del hombre y las cosas, todo lo cual no le impidió contactos con jóvenes desterrados y el ejercicio de alguna corresponsalía de vocero propagandístico antigomecista. Blanco Fombona, cuyos ídolos eran muchos, no tenía como altar mayor el de la política, aunque la profesara en la acción, a escala media, y en la teoría con gran ardor panfletario. A falta de la militancia en los partidos del exilio y de la intromisión en las polémicas intercaudillescas, Blanco Fombona se dedicó al insulto proteico, a la demolición de las estatuas de la dictadura a través del artículo, el verso, la confidencia, los procesos, las epístolas, la novela, los cuentos, la conversación, la vigilia y el sueño.

Picón Salas, Pocaterra y Blanco Fombona podrían tomarse como tres modelos de una misma línea intelectual. En Picón Salas encuentra el estudioso de la época del gomecismo al que huye, sin ser luchador político, para hacerse en el exterior, agarrando por la punta el duro oficio del aprendizaje, como lo hizo Mariátegui en Europa. Hombre nacido con el siglo, Picón Salas no vivió la espectacularidad histórica que fue el castrismo, y apenas despuntaba a la vida literaria cuando optó: su decisión, por lo demás, fue solitaria, no grupal, tampoco generacional. Los muchachos de las jornadas tranviarias y de la FEV¹⁹ habían salido de la cárcel, y esa cárcel –la de rejas, cuatro paredes, espera enigmática– no formaba parte de su plan existencial.

Pocaterra, mayor que él y menor que Rufino, había visto de niño la entrada de las tropas castristas a Valencia, lo que cuenta en una estremecedora jornada de sus *Memorias*, tanto como

¹⁹Federación de Estudiantes de Venezuela

sus experiencias periodísticas en *Caín* y su iniciación carcelaria, también bajo el régimen, ya en extinción, de El Cabito. Por lo tanto, en Pocaterra la dictadura le había entrado por los ojos, y sus libros comienzan a nutrirse de aquellos ambientes asfixiantes y corrompidos. Todo lo que escribe antes del destierro está nutrido de fealdades y caricaturas, desde *Política feminista* hasta *Tierra del sol amada*, pasando por *Vidas oscuras*. Pero es el calabozo de La Rotunda, esa universidad y ese cementerio, el que le enseña la distancia que hay entre la vida y la muerte. La huida de Pocaterra, pues, no es para *formarse* –ya ha hecho lo fundamental, incluso de las *Memorias*–, sino para no yacer con porvenir y todo en una celda, aislado de los grupos literarios a los que negaba, obturadas las empresas editoriales, prohibidas las expresiones políticas en los diarios. Un sacrificio tal, sin apelar a los refugios demoníacos del ron malo y el contagio venéreo, equivalía a la castración. Escritores de textura sicopatológica tuvieron el don de la espera, verbigracia *Pío Gil*, pero no precisamente en una cárcel ni tampoco por largo tiempo. Otros como Gallegos, exclamaron pecho adentro el ¡no aguanto más! y fueron al exterior, para no caer en las redes de la Doña Bárbara que era el país. Y alguien que observaba desde su Torre de Timón, tomó sus obras completas, sus textos griegos y su insomnio y fue a matarse en Ginebra, lejos del sol ardiente de Cumaná.²⁰

Blanco Fombona, cuando *decide*, cuenta 36 años, poco más de la mitad del camino de la vida, aunque en esa media vida lo hubiese probado todo: Benvenuto y Don Juan, Byron y Casanova, como diría de él su admirador y admirado Jorge Schmidke. El se va con la esperanza de volver y hasta se implica, familiarmente, en una conspiración para derrocar al primer Gómez, todavía, aunque en apariencia, corcho flotante en medio del océano de caudillos. Pero el

²⁰José Antonio Ramos Sucre.

destierro se prolonga tanto como la dictadura, y el odio crece a medida que la impotencia avanza, y la edad aburguesa, envejece, tritura, y cuando la hora llega, ya es otro siendo el mismo, y el país no lo reconoce. Quien diga que un destierro, con dinero como fue el caso de muchos caudillos, y con empresas polifacéticas como fue el de Blanco Fombona, es un escape, miente. No hay mayor dolor que ése, había escrito Bolívar.

Uno para formarse, otro para no morir acá (conviene recordar el poema de Andrés Eloy Blanco, temblor de existencia venezolana que algunos malignizan como cursi), y el tercero en la creencia de que el “mejor poema es el de la vida”, se marcharon del país.

Siendo verdad lo que afirma Ángel Rama, en los viajes de Blanco Fombona hay, sin embargo, un toque vital que no es propio de itinerantes modernistas como Darío, Gómez Carrillo, las García Calderón y el mismísimo Vargas Vila. No repetiré lo que ya ha sido relatado en este prólogo, pero en cambio buscaré en el retorno la explicación de una trama destinista. El desenlace es anagnórisis. Sus viajes, gran viaje hacia la muerte.

A Blanco Fombona lo marcó la impronta de Jacinto López, de Félix Montes, de Nogales Méndez y de otros magníficos errabundos que a la hora de “la vuelta a la patria”, la encontraron ocupada por el olvido. Se fueron yendo, gota a gota, tal como se les iba el aliento vital, y murieron lejos de la tierra nativa. Hasta el cadáver de uno de ellos permaneció, en una aduana, sin identificación, acaso porque para Venezuela nombres como el de Montes, Nogales y López ya habían perdido la identidad. ¡Estaban tan desterrados que quienes los conocían no los reconocían!

Eran –y en parte Blanco Fombona– dioses sin masas creyentes en aquel 1936 de levadura y espasmo, cuando Venezuela despertó con el siglo XIX a las espaldas y con una legión de

jóvenes del 28, de incendiarios bolcheviques y de teóricos ágiles, dueños de las tribunas, los sindicatos, las universidades populares, las calles torrenciales. Eran maestros sin discípulos; iconoclastas de ayer; seres fantasmales; prestigios que si llegaban al pueblo, llegaban por una vía oral, retumbando de oído en oído como el cuento de algo que sucedió en tiempos muy lejanos. Estaban destituidos de todo liderazgo, ellos los *enfants terribles* de la época de Andueza, los de las bocanadas de orgullo en las prisiones castristas, los autores de *Judas Capitolino*, los redactores de *Reforma Social*, los candidatos subversivos a la presidencia que Gómez no abandonaría jamás.

El choque de Blanco Fombona con la Venezuela de 1936 tuvo el sentido de una abolición y la categoría de una paranoia. Recibió cartas de ex compañeros de cárcel o de la literatura, de quienes pocos se acordaban –¡ni él mismo!– al tiempo que los ataques de los nuevos, ésos que tenían la dinamita en la mano, el discurso a flor de labios, la juventud estudiantil en Miracielos,²¹ la huelga política en las decisiones de comando. Alguien, ante su viraje conservador, su acceso a la respetabilidad administrativa y su acercamiento a López Contreras, el gran recolector de estas sombras, le recordó que seguía siendo el de Río Negro, y aquello lo estremeció. La pasión de la derecha, en él que hasta las vísperas, y aún después, proclamaba ser ultraliberal y sacaba al aire su filiación al partido radical del viejo líder Lerroux, lo desbordó. Veía comunistas por todas partes, aun entre aquellos que hacían cura de salud en Los Teques, capital del estado que él presidía.

Ni los nuevos comprendieron a Blanco Fombona, desentonados con sus prédicas e hijos de una era inflamada por la Revolución Rusa, el experimento mexicano y, en ese mismo año 36,

²¹Esquina caraqueña donde tuvo su sede la Federación de Estudiantes de Venezuela.

la Guerra Civil española; ni Blanco Fombona quiso comprenderlos. El se autoabastecía de su obra, que era ciclópea aunque dispersa, heterogénea y despistadora; ellos se habían extendido a sí mismos certificado de suficiencia en la obra que estaban realizando y que, por supuesto, no necesitaba tutorías de antaño. Por la memoria de él debieron cruzar los lances de Maracaibo y Río Negro, los duelos, el mitin en la Plaza Bolívar en 1908, las prisiones en La Rotunda, las ardientes polémicas en favor del genio de la libertad, las cargas de caballería ligera contra el gomecismo, la fama continental como editor, la candidatura al Premio Nobel, los elogios de Darío y Gómez Carrillo y ¡Barbusse!, el proceso por la publicación de *La máscara heroica*, la prisión del hermano ante el descubrimiento de un complot que pronto sería un éxito, el inicio de otro plan para el derrocamiento, ahora de Gómez, en 1911-12, y la participación en la junta directora de la expedición del Falke, y las gobernaciones en provincias españolas durante el cruce más duro de la República, antesala de la catástrofe del 39. Por la memoria de ellos – todavía sin tantos fardos, porque la verdad es que el pasado pesa e impide–, debieron a su vez cruzar los sucesos de la Semana del Estudiante, el complot de abril, los trabajos forzados en Araira y Palenque, el Castillo Libertador, la toma de Curazao, el Plan de Barranquilla, las figuras de Haya de la Torre y Mella, el Congreso Antiimperialista que presidió ¡otro Barbusse, rojo por el fuego!, y finalmente las discusiones sobre marxismo.

No hay mejor medio probatorio de estas hipótesis que acudir a los periódicos y revistas de la época. Los nuevos están en El Obispo²², en la huelga de junio –por él condenada–, en los estremecimientos petroleros, en el Bloque de Abril, en el Metropolitano, el Nuevo Circo, el

²²Cárcel caraqueña.

Parque Carabobo. Son ríos fuera de madre. El ¿en dónde? Como a Pocaterra, como a Nogales, como a Régulo Olivares, como a Néstor Luis Pérez, como a esa fantasmagórica exposición de santones antigomecistas, López Contreras lo ha llamado para la colaboración con un gobierno de paz y orden. Muerta la dictadura, cada quien tiene una fórmula de cómo hacer nacer la democracia, sólo que esta vez la pelea es a dos: izquierda y derecha. Blanco Fombona resiste a la izquierda, ergo está ubicado en la derecha. Y esto no lo afirmo yo cómodamente, casi medio siglo después, no. Fue la conciencia de época, especie de estallido cristalizado, la que deslindó al país en dos campos. En definitiva, pero parcialmente, aquello no era sino un reflejo del drama de la Guerra Española y un anticipo de la confrontación entre fascismo y antifascismo.

Hay una página en el *Camino de imperfección* cuya cita adquiere forma argumental corpórea, sólida, a la hora de demostrar lo que son estas particiones históricas. Es como si Blanco Fombona, en el manejo de la segunda persona, dijera *Tua res ágitur*: “lo que se representaba en 1908 y donde tú eras actor y testigo, a ti también te atañe en 1936”.

Anotaba entonces él (19 de enero de 1909): “¿Cómo puede ser que habiendo ya derrocado la tiranía, permanezcan en pie el sistema y sus elementos? Los Estados aún permanecen en manos de los cómplices y esbirros del Dictador. ¿Se tiene el horror de infringir la Constitución, por miedo de caer en nueva dictadura?...

¿O es simplemente que no se quiere salir de los rieles constitucionales pensando que entonces Gómez –Vicepresidente– no tendría derecho para recibir la herencia de Castro y gobernar?”. Y párrafos más abajo: “¿Creo que lo natural sería dar por terminada la anterior dictadura y su organización y llamar al país a elecciones?”.

En aquella oportunidad, precisamente, la “purulenta legalidad” del gomecismo naciente sirvió para apuntalarlo y, por supuesto, no se convocó al proceso eleccionario solicitado por Blanco Fombona. Tal la dilemática trágica de 1936. Ante la tesis de la disolución del Congreso gomecista, surgió la de su perpetuación. Y así como en 1909 Gómez suprimió las libertades de expresión –aunque limitadamente, como López Contreras– y fue preparando la negación absoluta de los ideales *reaccionarios* que sacudieron al país durante la Semana Trágica, así el gobierno lopecista golpeó dura y sostenidamente a las llamadas izquierdas. Eso era el antagonismo.

Una anticipación de él se vio en el Castillo de Puerto Cabello cuando, una vez preso Arévalo González por haberse solidarizado con los estudiantes de la boína azul, hubo de plantearse ¡en los calabozos! la división de aguas. El tiempo, en su fluidez, es terrible. Los jóvenes admiraban la gallardía de aquel patriarca para quien los grillos eran “hierro dulce” y las cárceles, habitación familiar, pero en asuntos ideológicos el apóstol se llamaba Pío Tamayo. Cuando Blanco Fombona era joven, al país llegaban los calogramas con informaciones sobre los atentados anarquistas. Un día mataron al presidente de EE.UU. McKinley, y en un artículo feroz y brillante, Blanco Fombona proclamó su odio contra la víctima y además, como sobremesa, colocó una frase que alguien repitió en Venezuela, Ramón David León (a quien le prologó él su libro *Por dónde vamos*) para referirse a la que dio muerte a Ezequiel Zamora: “Nunca bala fue mejor dirigida”. Y en otra frase, el brindis: “El anarquismo hará carrera... La dignidad desterrada hoy en el mundo se ha refugiado en el corazón de los anarquistas”. Y en otra, la despedida: “Yo estoy orgulloso de ser contemporáneo de tales hombres”²³

²³“Los anarquistas”. En: *La lámpara de Aladino*, 1915, p. 403.

Otra prefiguración de la lucha emblemática entablada en 1936 fue la polémica entre Pocaterra, en nombre de la federación de caudillos que preparaba la aventura del Falke, y los dirigentes del PRV,²⁴ algunos curtidos ya en el movimiento comunista cubano y mexicano. Por cierto que algo le tocó a Blanco Fombona en este episodio, pero resultaría cuento de nunca acabar concentrar en estas páginas la inmensa ola de desconcierto levantada por la expedición de Román Delgado Chalbaud, y de asombro por la invasión de Falcón, donde la nota ideológica la impusieron Gustavo Machado y algunos del 28 como Miguel Otero Silva.

Este, con motivo del vigésimo aniversario de la muerte de Blanco Fombona, resumió, un tanto distanciado ya de los días tormentosos, la visión que de Blanco Fombona tenía el intelectual izquierdista de 1936: “Editor, panfletario, historiador, ensayista, poeta, preso, desterrado, gobernador, diplomático, condotiero, duelista. Todo, menos maestro”.²⁵

Entre 1936 y 1944 la muralla no se derriba, a pesar de que el temible luchador de otros tiempos mantiene amables tertulias con los de los nuevos, en la librería La Torre, de Pedreáñez y Diamante: Pedro Beroes, Aquiles Nazoa... Y de que *Aquí está...!*, órgano de los comunistas, intentase una crítica más acertada y justiciera, debidamente alejada de la ráfaga sectaria. No olvida Blanco Fombona que en 1937 promovió demanda contra *Fantoches*, entre otras cosas por haber insertado una caricatura, “La Bella y la Fiera”, estimada por él y su abogado como *maliciosa*, con intención de burla y desprecio.

En el prólogo de *Mazorcas de oro* asomó, sin dejar de acudir a buidas ironías, una conciliación, ya que no reconciliación. Después de atacar a Julio Planchart, nada comunista por

²⁴Partido Revolucionario Venezolano

²⁵*El Nacional*. 15.X.64.

cierto, y antes de meterse con el “denodado matadioses de Mérida” (Picón Salas, mucho menos marxista que él), apunta: “Yo en cambio –y eso prueba mi superioridad respecto a ellos, mi honradez y mi veracidad– confieso que veo y saludo en el bolchevique de buena fe Pablo Neruda al mayor poeta actual de América”... “y hasta un joven Aquiles, de nombre medio portugués, complicado y, en este momento irrecordable, me parece que ha incensado a José Martí en un soneto digno de Martí y digno de Apolo”.²⁶ Y así como inculcó a los comunistas de todos los males y de la crítica adversa, con títulos paródicos como los de *La tortuga colorada* y *Allí están*, alusivos al semanario humorístico *El Morrocoy Azul* y el “reseco hebdomadario” *Aquí Está...!*, o como se dirigió a Silvia Tellería y Otero Silva con expresiones eufemísticas, pero satíricas, en un alarde de su prosapia libelista, así, en una nota de uno de sus *diarios*, elogió a Gustavo Machado.

De todas maneras, el Blanco Fombona del retorno es el ejemplo, el modelo referencial de quienes construyen una personalidad por encima de escuelas y partidos y a la postre sólo tienen ese *yo* para defenderse. Él, en sus apuntes de los años treinta, fechados en España, había ido anotando con una contrariedad entre casera y sicopática la resistencia de la inspiración, el esfuerzo para la escritura diaria, la pérdida de voluntad y chispa en el trabajo creador. La figuración en la política española no es consecuencia de sus antiguos arranques de héroe trágico, de la praxis elemental y desplegada, o de su alma de conquistador de siglo XVI. Parece más bien la cesión de un título honorable, pago generoso de España radical a lo Lerroux, como antes los escritores de fila, y aun quienes no lo eran, habían trabajado para el novelista *nobelizable*: Unamuno, Valle Inclán, Gómez de Baquero, Manuel Machado, Américo Castro, Menéndez Pidal, el Conde de Romanones. Había conseguido, a fuerza de una labor tenaz y de una

²⁶Blanco Fombona. *Mazorcas de oro*, 1943. “A Jorge Schmidke”.

inteligencia sin tregua, el respeto de la España liberal y aun, parcialmente, de la oficial. Todo lo contrario, o al menos desemejante, de lo que le sucedió en Venezuela.

Uno de los dones que más repartió en la tierra de exilio fue el del periodismo; en extensión, y tal vez en profundidad, sólo lo superó el trajín editorial, oficio que lo colocó entre la gerencia y la promoción cultural, y que repartió su nombre por el continente, con exclusión de Venezuela, hundida en el silencio.

El sabía esto y lo había denunciado cinco, diez, infinitas veces: *mis libros no se permiten en Venezuela; los diarios no comentan mis obras; mi labor editorial es ocultada; mi nombre, mi solo nombre, está prohibido*. Así se expresaba en libros de apuntes, en cartas a amigos, en artículos de combate.

En efecto, sobre su obra *in crescendo* nada se decía en los textos críticos y periódicos, y también en torno a la que ya tenía hecha, dentro y fuera del país, empezó a tenderse la trampa de la “no existencia”. Aún más, desde acá se armó un libro panfletario que causaría uno de sus mayores –casi antológico por su vehemencia, agresividad, estilo– arranques polémicos: el prólogo a *Cantos de la prisión y del destierro*, complementado con una obra maestra de la denuncia, *Judas Capitolino*.

Mas, Blanco Fombona no podía esperar sino exclusión de parte de quienes habíanse convertido en feroces adversarios y controlaban la prensa oficial, como Andrés Mata, Delfín Aurelio Aguilera, más tarde Laureano Vallenilla Lanz y, en los intersticios de una historia de rupturas, como sospechoso de ser fautor de la conspiración folletinesca, Zumeta. El enemigo verdadero, sin embargo, era Gómez, quien ya en 1915, seguro de la continuidad del régimen y de la “legalidad purulenta” surgida de la farsa electoral, decretaría la instauración de las aduanas

ideológicas, cuya filosofía está expresada en las medidas contra el periódico *El Obrero* y en la no mención, ni para bien ni para mal, de la palabra *comunismo*, aunque le doliera a Arcaya. El destierro de Blanco Fombona, en este sentido, fue también intelectual. Había que desaparecerlo de la faz de la tierra. Él, he allí su equivocación, siempre pensó que advenida la libertad a Venezuela, sería la estrella que brillaría esa mañana.

Yo he hecho un esfuerzo para localizar comentarios sobre los libros de Blanco Fombona, alusiones a su vida, o artículos reproducidos, y casi he fracasado. Por casualidad, en diario de provincia,²⁷ topé con el ensayo “Algo que debe saber España de América. Algo que debe saber América de España”, aparecidos antes en *Hispania*, de Londres, y *La Discusión*, de Madrid. La prodigiosa labor investigativa de Rafael Ramón Castellanos me ha permitido ubicar algunos otros materiales: “Bolívar y el general San Martín”, “Bolívar y la emancipación de las colonias”, “Frasas hechas. La holgazanería española. La loca Francia”, publicados los dos primeros por *El Cojo Ilustrado*, en 1913, y el tercero por *La Revista*, en 1915. Habrá, tal vez, algunos otros, por aquí y por allá, pero en cualquier caso puedo adelantar opinión: las reproducciones difícilmente serán posteriores a 1915; los artículos se referirán al tema patriótico, particularmente a Bolívar; y la prensa oficial no servirá, a buen seguro, como vehículo de esas excepcionales muestras.

Aunque no estoy de acuerdo con la afirmación de Luis Beltrán Guerrero acerca de que todavía en 1915 existía libertad en el Parlamento y la prensa, acepto que había una relativa libertad en ambas áreas, liquidada por legitimación canallesca de la fuerza. No por casualidad muere *El Cojo Ilustrado* en vísperas de ese vuelco. Tampoco son fortuitas la prisión de Delgado

²⁷*El Luchador* (Ciudad Bolívar). 26.V.1915. Resulta irónico que en la misma ciudad donde estuvo preso un decenio antes y donde escribió *El hombre de hierro* hayan publicado su crónica.

Chalbaud, la invasión castrista (?) por Falcón, la clausura de *El Pregonero*, la prisión de Arévalo y la fuga hacia el exilio de Félix Montes. Además, el ejemplo que da Guerrero, esto es, la crítica por parte de Lisandro Alvarado al libro *Cesarismo democrático* es acogida por una revista, *Cultura Venezolana*, y no por la prensa diaria. Aún, he allí otro dato, no se había extendido la persecución ideológica a estas islas de la libertad de expresión, si es que lo absoluto se define por lo relativo, la plenitud por lo precario.

Merece destacarse la posición de Jesús Semprum, quien envió a *El Cojo Ilustrado*, por 1909, creo que a los dos meses de la prisión de Blanco Fombona, un estudio “sobre su obra poética”. ¡Curiosísimo enfoque crítico y más todavía el destino que lo esperaba, a vuelta de esquina!

Porque por encima de algunas críticas, atribuibles según Julio Planchart al disimulado descontento y a la afición por la ironía, propios de Semprum, el poeta de *Pequeña ópera lírica* lo estimó tan valioso y valiente que lo incorporó (algo muy del genio caprichoso de este autor-laberinto) a sus *Cantos de la prisión y del destierro*, “porque me place la grande independencia y la no menos probidad literaria del doctor Semprum, porque Semprum tuvo el valor de hablar de mí cuando de mí no se podía hablar en Venezuela. Es, quizá, la última vez que en la prensa de Caracas se ha publicado mi nombre”.²⁸

En el aspecto valorativo, no se equivocaba Blanco Fombona, y esto será verdad hasta que se demuestre lo contrario. La elocuencia de la historia del gomecismo era algo que se revelaría por su contrario, la mudez. Afortunadamente no fue ese vicio el de Semprum. Desde Estados

²⁸En el apéndice de *Jesús Semprum. Crítica literaria*, 1956, p. 387.

Unidos le escribió al autor de *La máscara heroica*, para inquirir sobre la verdad de la “recogida” de esa novela que yo llamaría de política-ficción, y para comunicarle que trabajaba afanosamente en un estudio crítico, por cierto nunca publicado y quién sabe si concluido. Ejemplos hay más: Picón Salas, Cedillo, José Ramírez... La respuesta no se hizo esperar. Gómez creía que a él lo podían sacrificar con el silencio, como a las víctimas de Puerto Cabello y La Rotunda, pero debía saber, también los otros tiranos, que a los escritores no se les podía perseguir impunemente: “Debemos crear una unión sagrada de los escritores contra los tiranos”.

Además, al respaldar una frase de Semprum, juzgaba que Gómez era un síntoma de una enfermedad nacional: “No por eso soy menos partidario del tiranicidio... Añado esto: al mismo tiempo que a los déspotas, debe castigarse con la muerte a los esclavos; principalmente a los teóricos del servilismo, como Gumersindo Rivas, Mata, Vallenilla Lanz. ¿Qué es mucha la sangre vertida? Error: hay que gastar a veces por economía. Coja un lápiz y saque cuentas”.²⁹

Esta transcripción no obedece al deseo de exhibir cómo, cuánto y con qué fuerza arremetía el polemista en contra de Gómez, de las mentiras sacralizadas, de los “lacayos intelectuales”; tampoco al de desnudar su estilo en la diatriba, que tenía la fogosidad de los antecesores –Vargas Vila– y de los coetáneos –*Pío Gil*–, más una dosis de examen objetivo, ausente en éstos; mucho menos al de reiterar su manía tiranicida, a la que siempre he sentido como verbalista y ritual. Nada de eso. La intención es sacar de lo más hondo de aquellas aguas, como buque abandonado, el rencor que en Rufino produjo la dura soledad a que lo condenaron los suyos. Aquel hombre mimado por las redacciones de *El Sol* y *La Voz*, cuyas colaboraciones solicitaban las revistas de América Latina –y hasta de Francia– ¿qué recibía de la Venezuela de

²⁹“Carta de Blanco Fombona a Semprum”. *El Nacional*. 3.I.1965.

tortol y riñas de gallos, de prensa amordazada y pobreza ética, como no fuera la ignorancia respecto a su existencia? Él, un egotista al ciento por ciento, como en estudio penetrante lo ha expuesto Ángel Rama, debió dolerse hasta los huesos ante esa táctica del desprecio, en tal tiempo de ratas. Y así como transfirió enrevesados complejos, productos palpitantes del desarraigo, cuando tornó a Venezuela para batirse ideológica y hasta comisarialmente con los comunistas, en apelación de un socialismo radical que en él era ya flor marchita, así tendría la bella obsesión de que aquí lo negaban como hombre cuando era puro, como poeta cuando Darío lo bendijo, como novelista cuando Pocaterra lo llamó maestro, como historiador cuando por él Bolívar resucitó, como cuentista cuando anunció realismos. Ofendido con todos, llegó a exclamar: “¡Qué mar de confusiones! Esa piltrafa que flota sobre el mar es un cadáver, mi cadáver, yo, lo que ven de mí mis paisanos... Desgraciadamente y aun contra mi voluntad, yo existo fuera de Venezuela”.³⁰

Pocaterra, ese venezolano que abrió con violencia física la Casa de los Muertos, intuyó asimismo la tragedia máxima del autor de *Dramas mínimos*. Desde Maracaibo, donde escribía urticantes artículos sin firma, y no por miedo, ya que una línea de él no se confunde, huella digital del espíritu, con la de nadie, se dirigió a Blanco Fombona para confesarle su admiración: “Leí, casi de lance, *El hombre de oro*. Yo no puedo decirle otra cosa: sólo aspiro a seguir los claros rumbos que desde *El hombre de hierro*, modestamente llamado novelín por su autor, viene tomando nuestra literatura, a pesar de las trescientas ocas americanas que nos son ya familiares y hasta indispensables para vivir...”.³¹

³⁰Blanco Fombona. “A Jorge Schmidke”.

³¹Pocaterra a Blanco Fombona. 12.XI.1923. En: Rafael Ramón Castellanos. *Rufino Blanco Fombona y sus coterráneos*, 1970, p. 238.

Ya en Montreal, ciudad no tan amada por el sol, pero sí por él, el autor de *El Doctor Bebé* (reedición de *Política feminista*, hecha por Blanco Fombona) le anuncia que está preparando algo en torno “a la ridiculez del gobierno español con *La máscara heroica*”. Pocaterra le incluye un recorte de periódico, suerte de comunicación espiritista utilizada por estos profetas del destierro, con el fin de que se entere “cómo escribimos en Nueva York”, entonces un centro de agitación y propaganda verdaderamente tentacular: “Verá también que el terror bizantino (sic) pasa el Atlántico y pone calores terribles en el nalgatorio de Arcaya”.³² Pocaterra se refería a la acusación “ante el mundo” del tirano Gómez, formulada por la Federación Americana del Trabajo, donde los emperadores eran Gompers y Muñoz Marín. Hoy tenemos abundante información sobre aquel documento y algunos más de la AFL, vista como comunista por Arcaya y Yanes; pero entonces, gracias a los *cordones profilácticos*, sólo una minoría estaba enterada de cuanto acaecía en ese misterioso supramundo de comunicados y reuniones, confidencias consulares e infidencias revolucionarias. Es más, la confianza que Pocaterra y los grupos de ilusos newyorkinos tenían depositada en la Federación de Trabajo no era compartida por Blanco Fombona, quien juzgaba al obrerismo yanqui y aun a sus vanguardias socialistas como cómplices –o en el mejor de los casos, tibios objetores– de la política imperialista. Pero cada quien con su juego: para Pocaterra el meridiano pasaba por New York, para Blanco Fombona por Madrid – donde se le seguía proceso a él, a su libro– y para Gómez por Maracay.

Otro que sí leyó, porque leía de todo, a Blanco Fombona, fue Picón Salas. Su misiva, en la hipótesis de que no haya otras, es bastante tardía, por 1934. Revela algunos actos penumbrosos. Su fuga a Chile se debió, fundamentalmente, a la caída política del canciller Gil

³²Pocaterra a Blanco Fombona. 1.VIII.1923. En: Castellanos, p. 241.

Borges, a cuyo servicio estuvo. En aquel país dijo todo lo que podía decir sobre el régimen de Gómez y pudo constatar cómo Blanco Fombona era el primer venezolano por quien preguntaban los latinoamericanos. Acusa recibo de *El secreto de la felicidad*, libro que le parece diferente a sus otras obras literarias, por el tono y la forma, acaso porque siendo novela el autor introduce capítulos al estilo de teatro para leer e intercala algunos poemas, y no porque sea superior, por ejemplo, a *El hombre de hierro*. Picón Salas se cuida de ensalzar una novela para mí mediocre, producto de la involución de Rufino dentro de ese género para el cual parecía extraordinariamente dotado. Mariano Picón Salas, a quien por acto de venganza literaria, Rufino, veinte años después, calificará como “el israelita P. Salas de Mérida”, no recuerda entonces qué fue lo que pudo escribir sobre él en un trabajo de 1919 (se trataba de la conferencia “La finalidad poco americana de una literatura”, de la que recogió fragmentos en *Buscando el camino*), pero en cualquier caso “en ese tiempo –como ahora–, el nombre suyo era un nombre ‘tabú’, prohibido dentro de nuestra prensa y letras. Seguramente alguno fue a la cárcel porque lo nombró a Ud. (Libros como *El hombre de oro* y *Judas Capitolino* eran mercaderías rarísimas y de contrabando, que sólo se podían leer en medio de grandes precauciones)”... “Después hablé de Ud. con la holgura y fervor necesarios en otro trabajillo rápido sobre nuestras Letras que publicó la revista *Atenea* de Chile, en julio o agosto de 1924; alguna nota publiqué sobre Ud., su vida y su trabajo a propósito del libro biográfico que le dedicó Carmona N.”.³³

El cruce epistolar evidenció lo ya tantas veces reiterado: la aduana ideológica levantada por el gomecismo e, incluso, la distancia generada en el exilio, de lo que sería muestra deprimente la confesión de un periodista como López Bustamante, emigrado de Venezuela tras

³³Picón Salas a Blanco Fombona. 21.IX.1934. En: Castellanos, p. 227.

el desplome de *El Fonógrafo*.³⁴ Pero el mismo Picón, en aquella carta, explica cómo su *Odisea de Tierra Firme* corrió con mala suerte, pues salió en los mismos días en que caía el Rey –¿quién lo leería entonces en España? – y llegó a Chile “en los días en que se iniciaba la revuelta contra Ibáñez; tenía el libro como portada una tremenda bota militar y lo decomisaron en las librerías de Santiago... En Venezuela quemaron algunos ejemplares que llegaron subrepticamente”.³⁵ Ciertamente, en Venezuela la prensa, si bien exaltaba libros de poemas tan excelentes como *La voz de los cuatro vientos*, estaba ocupada entonces en comentar los dos problemas fundamentales del gomecismo en materia económica y política: el petróleo, con el papel cada vez más relevante de nuestro país, al punto que D. Walter informaba, como algo insólito, que tres venezolanos habían viajado a Oklahoma para especializarse en la explotación de hidrocarburos; y los levantamientos e invasiones, que consideraban los ideólogos del régimen declinantes, con la captura del general Peñaloza. Lo demás, fuera de Venezuela: un capítulo de Vallejo sobre su viaje a la Rusia soviética –¿extraño, no? –, un trabajo de Teodoro Wolf sobre las ideas de Mussolini, quien se proclamaba demócrata pero *demócrata autoritario* (otro extranjero había comparado a Gómez con el Duce, uno de los políticos más *publicitados* por la propaganda oficial) o algunas de esas crónicas peregrinas que se colaban en el bosque de los Gómez Carrillo o los Salaverría, para disputarle el reino, y que hablaban de la posibilidad de que al príncipe Hamlet lo acusaran de asesino, falsificador y ladrón. Más o menos, diría yo, y más que menos, de lo que acusaron a ese hombre de carne y hueso, Rufino Blanco Fombona, en aquella antología

³⁴La carta de López Bustamante revela cómo éste, en enero de 1936, todavía no había leído *Judas Capitolino*, *La mitra en la mano*, *La máscara heroica*, no obstante ser él un activista de la propaganda del destierro con publicaciones como *Venezuela Futura* y *América Futura*. Ver: Castellanos, pp. 169-173.

³⁵Picón Salas. Carta citada.

del insulto, apócrifa, anónima o seudónima, intitulada *Leprosería moral*.

Y la mala suerte no era sino imperio de la historia política de nuestros países, Venezuela a la cabeza. Una selección de narraciones testimoniales como *Presidios de Venezuela*, donde hay trabajos de *Kotepa* Delgado y Jóvito Villalba, pasó como libro inencontrable durante cuarenta años, hasta que Catalá lo reeditó: sencillamente había salido de los talleres bogotanos en los mismos momentos en que moría Gómez. Algo parecido sucedió con la novela *Mancha de aceite*, escrita por colombiano y en rigor la primera en tratar homogéneamente el tema petrolero. *Pío Gil* hubo de editar en París *El Cabito*, a pesar de que su compañero de viaje, tanto en política como en el *Guadaloupe*, andaba por los caminos del mundo como “el hombre sin patria”. Los libros de José Heriberto López fueron denunciados por la red consular como subversivos y hasta se le pidió al gobierno de Trinidad que incautara uno de ellos, *Cuentos de acero*, por ser libelo infame, lleno de insultos y calumnias. Otro delator de las Antillas informaba a Castro de las correrías propagandísticas de Luis Ramón Guzmán. El conjunto de documentos inapreciables que figuran en *El peligro de la intervención en Venezuela*, impreso en Nueva York, fue tesoro de bibliófilos hasta que en Miraflores decidieron su reedición. El relato, no hay duda que panfletario, y además imitativo de Pocaterra, publicado por Betancourt en Santo Domingo (en un capítulo hay la mano de Otero Silva) sólo se conoce por fotocopias, y en cuanto al folleto *Con quién estamos y contra quién estamos* durmió medio siglo hasta que el sacerdote Arturo Sosa decidió incluirlo en un largo ensayo de interpretación histórica, en torno al nacimiento de la socialdemocracia en las postrimerías del régimen del Benemérito. Y así hasta el infierno.

Pero, por encima de todos, el gran excluido, el sistemáticamente vigilado, el que veía acumular una obra heteróclita de apasionado nacionalismo y de lucha antidictatorial, con la amargura de que en su país no la leyeran, no la conocieran, no la hubiesen siquiera oído nombrar, fue Blanco Fombona. Sus adversarios en el poder, en cuyo centro intelectual habitaban antiguos compañeros de letras con la misma comodidad que los *científicos* en el seno del porfirismo, no sólo defendían al régimen cuando imponía el silencio de las tumbas en torno a la obra de Blanco Fombona, sino, y con más temeroso empeño, se defendían ellos mismos. Lo que estampaba aquel hombre no era en tinta, sino en sangre. Con él la literatura digestiva, escatológica, insultante, homicida, mezcla del memorial de agravios y la palabra purificadora, se paseó por todos los géneros y borró sus límites. ¿Son cartas o son panfletos los materiales que recoge en *Judas Capitolino*? ¿Es poema civil, poema dramático, alegoría versificada o qué, “El castigo del Ávila”, incluido en *Cantos de la prisión y del destierro*? ¿Puede tomarse como una audacia moderna la inclusión casi textual de fragmentos de las *Memorias* de Pocaterra en la sexta parte de *La bella y la fiera*, o como un recurso polémico para hacer de la novela un documento de denuncia? Prólogos-dedicatoria como el de *Mazorcas de oro* ¿constituyen una introducción a su poesía, a través de la confesión al viejo amigo, o una justificación de sus cambios políticos, de su yo vulnerado, de su obra negada por la Venezuela última? El título de *Lámpara de Aladino* ¿lo escogió porque era un reto de la Imaginación y la Insaciabilidad, o porque le resultaba prosaico el de *Cajón de sastre* para calificar una recopilación exuberante y tentadora, distribuida parcialmente en sus diarios íntimos? ¿Importa para la unidad de un poemario que alternen las estancias líricas con los delirios y las increpaciones y que, además, tenga la compañía de una prosa de diatribas?

En alguna oportunidad atacó al periodismo como liquidador. Vargas Vila, entonces gran maestro acantonado en Casamicciola estimaba que quien ejerciera el diarismo en la América inevitablemente se enfangaba. Y Bolívar calificó a la prensa como artillería del pensamiento. Los tres combatieron, cada uno según su genio y su campo de acción, valiéndose del periodismo: el escritor polifacético, porque entendía que no había trabajo creador en estado puro; el libelista porque en el fondo estaba convencido de que sin el diarismo que llegaba a las masas y sin la cuantía vituperante de la prosa que enfangaba, él no habría guiado “millones de conciencias en América”; y el Libertador porque dentro de su visión universal, no limitada a los hechos de armas, sabía que las batallas debían ganarse también en el campo de las ideas.

Lógicamente, no fue sólo el periodismo lo que pudo apartar a Blanco Fombona de la *creación literaria*, puesto que ni él creía en ésta como fuerza inmanente del espíritu, ni podía afrontarla en soledad y calma, retirado a la meditación y al oficio claustral, desde que en 1892 se precipitó por el camino de la contienda armada y desde que en “Explicación” afirmó que el mejor poema es el de la vida. Su filosofía de vivir peligrosamente, suya y no alemana, suya por ratificación diaria y vehemente, implicaba la no gratuidad de los actos: el compromiso surgía así como una fluencia vital más que como una premisa teórica, y respondía a su primaria creencia de que todo hombre que no se prestara, con su vida, a la leyenda y al poema, era hombre secundario. Exageración temperamental, sin duda, que lo llevó a extremos como el de decir que había más poesía en Benvenuto Cellini que en Hugo Fóscolo y en Hernán Cortés que en Núñez de Arce.

Además, vivir en estas tierras y en aquellos tiempos no representaba ciertamente una donación de Dios, disfrutable en prados celestiales. Vivir *aquí y entonces* era un pacto diabólico mediante el cual el escritor pretendía ceder la mitad de su tiempo a la acción con tal de que el

Tentador le dejase la otra mitad para la meditación. A la postre cada uno de los balances fue terrible, pues la acción lo envolvía todo, con pequeñas y grandes batallas, y el escritor debía echarse encima un fusil e ir a pelear por nada, por nadie, en medio de una inutilidad ideal e ideológica frustrante, pues el jefe por quien se fue a la montonera, una vez triunfante, lo apresó y lo desterró y lo olvidó, e igual hizo aquel contra quien combatió. ¿Qué no? Habría que mentar entonces a Blanco Fombona en 1892, a Lazo Martí, Potentini, Santos Dominici, en la Libertadora, a Romerogarcía con Castro, contra Castro y por Castro, en ese casi interminable periplo que al fin acabó en el pueblo de García Márquez; a Pocaterra y sus armas lanzadas al mar; a Otero Silva y aquella montonera que luego él recordaría en *Fiebre*; a Antonio Arráiz, torturado por su participación en el complot de abril de 1928; o a Eduardo Blanco, edecán de Páez.

Súmense a éstos, que son más, aquellos que pasaron años en las cárceles o viviendo el poema de la vida a dentelladas, míseros y proscritos en su propio país. Y agréguese los que sin participar en guerras civiles, ni ser asiduos residentes de los calabozos de *Tintorera* y Nereo Pacheco, *Sparafucil* Padrón y Camero, sintieron el carácter apocalíptico de la acción bárbara, convertida en el *océano* de la Guerra Federal en *Pobre Negro* o en el fracaso redentor de Reinaldo Solar; temblaron de miedo señorial ante la irrupción plebeya, como el artista Soria de Díaz Rodríguez, o escaparon, para hundirse en el sueño, como Tulio Arcos; y dibujaron la recluta, el alzamiento de Matías Salazar, la revolución crespista, la entrada trepidante de los andinos... Desde el semiculto Arévalo Cedeño hasta ese fantástico viajero que fue Nogales Méndez, corre asimismo una línea de acción donde el personaje salta de la ficción y se convierte en biografía de sí mismo.

Pero la acción en Blanco Fombona pretende ser, y lo es, total, y no se trata de ir a la guerra o a la cárcel y escribir un libro, sino de profundizar en el amor, arriesgarse en el duelo, probar el machismo y el alma antigua del conquistador, viajar por los Países Bajos y a la vez por las selvas orinoquenses, matar para no ser matado, odiar, cambiar de opiniones “como de trajes” y defenderlas cuando no se las quiere cambiar. Entendido, pues, el planteamiento de Blanco Fombona, no como una participación de compromisos asumidos –la imprenta del editor, el cargo secretarial, el libro de refutación, el poema de celda–, sino como una totalidad, ni tiene él por qué quejarse en la madurez vital de que el periodismo y la política lo han cercado, ni deben los críticos ir a tajadas seccionando la globalidad de una obra donde acción y creación se confunden en la unidad del *acto creador*.

La palabra en él, y en otros, no se recogió en sí misma para brillar en la potencialidad significativa, como en el Díaz Rodríguez de *Sensaciones de viaje* o en el Dominici de *Dionysos*. Él las puebla, las insemna, las degrada, y resulta allá una descripción terrible, impresionante, limpia y sucia, del río, de las cacerías, del asalto y del crimen en el reino de Amazonas, y acá, no una fiesta griega, sino la amarga, castigante escenografía de la Caracas castrista de *El hombre de hierro*.

La palabra saltó en él del joyel a la armería, de los collares de rimas al despojo total, contaminada por otros usos y significaciones, sonoridades y asociaciones. Fue grito carcelario, insinuación sexual, prueba física, alguna vez estado depresivo (“no he hecho nada”), otra vez egotismo (“Yo soy yo”), y siempre instrumento de guerra.

El periodismo, no como oficio para *aver mantenencia*, sino como gimnasia expresiva y rapidez, soltura y variedad en el manejo de las ideas, le dio en vez de quitarle. Casi toda su obra

crítica son artículos de diarios y revistas, fundamentalmente españoles. *Judas Capitolino* es el montaje de una serie de cartas dirigidas a Pietri Daudet, director de la *Revue Américaine*, a quien por cierto Gómez había destituido por creerse vitalicio en un puesto consular de veinte años que le “cerraba el camino” a los más jóvenes. A mi modo de ver, el destinatario le resta fuerza a la argumentación de Blanco Fombona –diré: eficiencia política, moral–, una de las más contundentes que haya leído yo en el proceso periodístico venezolano, que en aquella época recurría a menudo al género epistolar, con la carta abierta, la carta pública, la carta al director. La obra, asimismo, incluye dos célebres documentos del Mocho Hernández, dirigidos a Gómez, pues era el período de la ruptura (1911-1912), así como el manifiesto de aquel personaje fabuloso cuya biografía resultaría algo más que una novela. Por supuesto, para martirio de los bibliotecólogos e investigadores, añade el prefacio a sus *Cantos* de preso y desterrado, uso y abuso que no abandonará –y que no era nuevo en él– en sus futuros libros, especie de rompecabezas donde las piezas se mueven a gusto y capricho del autor. Si Pedro-Emilio Coll había utilizado el mismo método de ensamble y móvil textual, nada habría que reprocharle a Blanco Fombona como no sea que mientras la obra de Coll –el renanista, el conversador de ironías– cabe en un bolsillo, como *pocket book* de excelencias, la de Rufino exige estantes.

Debo advertir a los lectores acerca del vocabulario particular de Blanco Fombona, que no es más que la personalización estilística del Víctor Hugo de los panfletos, aquel que demolió a Napoleón el Pequeño, y de nuestro Juan Vicente González en sus *Catilinarias*. Bajando por ríos de sangre y cataratas de polémicas periodísticas, que en América Latina encontraron dinamiteros como Montalvo y Vargas Vila, el panfleto, ese folleto o *brochure* que, burlándose de los tipógrafos del siglo XIX, se convirtió en una técnica de la diatriba y en un género reconocible tanto en una frase como la de Romerogarcía –“Venezuela es el país de las nulidades engréidas y

de las reputaciones consagradas”– como en un libelo al estilo de Barceló el joven, y hasta en libros sin unidad selectiva como algunos de Blanco Fombona. El panfleto, con la hecatombe lingüística que provoca, desata de inmediato un sismo emocional, abriendo en la corteza de la racionalidad esa herida, pus y sangre del insulto, que tanto gusta (o gustaba) en las batallas campales del periodismo. En Venezuela hubo expatriados que creyeron realmente que con un manifiesto panfletario lanzado desde el Gibraltar holandés podían derrocar al tirano. Y que la diatriba era casi siempre algo así como el desquite del hombre sin armas, impotente por lo tanto, frente al hombre armado, prepotente desde luego, lo que parece confirmar el elogio que de ella hizo Nucete Sardi en *Elite*, en pleno gomecismo y centenario bolivariano: “El espíritu de la diatriba es siempre justiciero”.

De modo tal que, para de una vez por todas recorrer el diccionario fombonista, repetido en casi todas sus obras, mayores y menores, haré una somera enumeración que sirva de guía a quienes alguna vez se adentren en esa selva adjetival, imprecatoria y burlesca, aunque sólo sea en el enojoso plano de las identificaciones:

Juan Vicente Gómez es *Juan Bisonte*, *Judas en el Capitolio*, *Judas Capitolino*, *Tiberio*, *Claudio*, *el caballo de Calígula*, *la Bestia*, *el Monstruo* y *el Monstruo de Maracay*, *Boves redivivo*, *el peón de la Mulera*, *Gomecillo de Pasamonte*. Márquez Bustillos, *el divertido enano*, *el doctor bigotes*. José Ignacio Cárdenas, *el superespía*, Gumersindo Rivas, *el negro puertorriqueño*. Vallenilla Lanz, *el turiferario*. Antonio Pimentel, *mulato de Valencia*, *rey del café*, *agricultor sin letras*, *ladronzuelo sin pudor*, *payaso moraduzco*. Delfín Aurelio Aguilera, *espía a sueldo de Tello Mendoza*. Marcial Padrón, *indio pederasta*, *Sparafucil Padrón*. Andrés Mata, *Andrés Cornelio Mata*, *Andrés Rata*. Colmenares Pacheco, *el borrachín Pancho Bragueta*, *el botocudo salteador*. Antonio Reyes, *mísera ladilla parlante*. Víctor Aldana, *viejo tigre*

sanguinario. Delgado Chalbaud y Manuel Corao, *Rinconete y Cortadillo*. Zumeta, *Zuleta, complaciente lamepatas, hijo del cura de la Villa*. Urbaneja, *el pozo negro*. Juancho Gómez, *la pequeña bestia llamado Juanchito*.

Esa manía calificativa, si conmovía al opositor de Castro y Gómez, y si exasperaba a éstos, no dejando de tener su validez como despliegue controversial en el panfleto, cae mal, por inauténtico método de la elaboración del personaje, en las novelas y novelines. Rufino había utilizado la técnica del cauterio verbal en sus folletos sobre Andrade y el *Negro Ruiz*, pero en sus libros de 1911-12 es donde la convierte en fórmula de escritura. Su reacción provenía de la publicación del libelo de un inexistente José María Peinado, en quien supuso cuádruple autoría, Andrés Mata uno de ellos y a quien luego descartó, y Aguilera y Zumeta y otro más a quien calificó de delincuente común.

Leprosería moral tiene el valor de una abyección. La cobardía del seudónimo escondía la vileza del ataque al preso, al perseguido, al caído en desgracia. En el artículo intitulado “El Doctor Cipriano Cook”, indudable referencia a los viajes del ex presidente, acosado por Gómez y por naves extranjeras, dicen los del folleto: “El hombre de hierro, el hombre de yeso y algunas otras hembras de bronce como Rufino Blanco y Ramón Tello se empeñan en presentar a Castro como el hombre que mejor representa los intereses de la América de origen español..., presa codiciada por europeos y yanquis”,³⁶ pero los tales defensores del prófugo no son más que “contrabandistas, homosexuales, gumersindos”.

Romerogarcía, para el apócrifo Peinado, es un espíritu sombrío y un cerebro

³⁶ José María Peinado (seud). *Leprosería moral*. 1911, p. 7.

desequilibrado; Pietri Daudet, un *diletanti* en chantajes y raterías al por menor, además de sablista sobresaliente; Torres Cárdenas, un *habitué* de los garitos valencianos que llevaba dos quesos limburgueses en los zapatos; Tello, alguien que debía prestar su apellido a los diccionarios para definir –tello, telleen, tellero, telludo, tellectra– a las más corrompidas formas de rufianería moral; Rivas Vásquez, el Alejandro de la traición; y finalmente Blanco Fombona, señor de manía homicida y cleptómana quien no tiene sino “la curiosidad de todas las prostituciones”.

A Rufino, la inclemencia soez le dio pretexto para las respuestas sucesivas de los *Cantos* y *Judas*, porque suponía a aquélla proveniente de amigos como Zumeta. En el *dicterio oficial* lo llaman mitad hembra y mitad bandido, definición que tomaron de Benjamín Ruiz. Le dicen que dirigió el asalto a la casa Thielen “con el único fin de robar, como lo hizo, drogas y mercaderías que en poco tiempo vendió en clandestino detal”. Le achacan un pecaminoso balanceo al caminar, así como lindos ojos de profundas ojeras.

Para Rufino Blanco Fombona aquello era un reto que jamás le habían planteado: Andrade no pasaba de pobre diablo y Ruiz de aventurero internacional, pero a este Peinado, a este Peinado con antifaz, él lo desenmascarará: “porque yo puedo, sin vergonzarme decir quién son”, esto es, quiénes son:

“El primero, hijo no de la Villa del cura sino del Cura de la villa, pasó la vida en las enaguas de lasciva Megera, cuyo pan comía...” (Ese es Zumeta).

“El otro es uno de aquellos sabuesos marrulleros que olfatean en el propio campo y van a latir en el campo ajeno, a quien pagaba Tello Mendoza...” (Ese es Aguilera).

“El otro es un preso criminal” (¿Quién?)

“El otro es Andrés Cornelio Mata”.³⁷

Deliberadamente he escogido párrafos sucios, agresiones donde la ironía queda sepultada por la ofensa, patadas verbales, y frases que merecerían figurar en la *Antología del insulto*. Y digo que no hay gratuidad en mi selección por razones obvias: quiero que el lector de hoy, tan aislado de la obra de Blanco Fombona como lo estuvo el del período gomecista, sepa que a este escritor todavía lo persiguen policías intelectuales, expertos en poner alcabalas al léxico y en purificar al pecaminoso autor, dividiéndolo en dos, el de la parte mala que se envía al basurero o a un *Index* muy sutil, y el de la parte buena que se reedita. Eso por un lado. Por el otro, deseo, aunque sea en la brevedad sumaria de un prólogo que se alarga en búsqueda del desbloqueo crítico, desnudar la situación intelectual de la que Blanco Fombona fue un paradigma, en triste, dramática, y ojalá que irrepetible condición sociológica.

En torno a la primera razón no diré nada más. El lenguaje literario actual avanza hacia la desmitificación, como sucede ya en el sexo, de modo que los vocablos panfletarios de Rufino (cabrones, putas, asesinos, espías, clítoris, cornudo, semental...) han ido asumiendo, en estructuras sociales superiores, validez hasta inocente.

Respecto a la segunda, sí. El intelectual de hoy tiende a ocupar su puesto en la sociedad con la perfección de una pieza de maquinaria. La eclosión de las clases medias, acá en Venezuela, desmontó la sociedad de hace cincuenta y más años, como la fotografiada en *El hombre de hierro* y *El hombre de oro* con una eficiencia crítica asombrosa. El luchador individual, el del grito bohemio, el de la hombría a toda prueba que finalmente debía transigir –

³⁷Blanco Fombona. *Judas Capitolino*. 1912, p. 128.

secretario, cónsul, lamepatas– o morir en la cárcel o en el destierro, ha sido suplantado por el militante intelectual de izquierda (o de centro) que impugna al sistema, al gobierno y a Dios mismo si bajara del cielo, pero que marcha acompasadamente dentro de los mecanismos institucionales: profesor de universidad, asesor de ministerio, jefe de planificación, ficha ejecutiva y gerencial, hombre de TV, burócrata con garantía de futuro, y líder político con renta, vacaciones y homenajes. En la era de Blanco Fombona, quien como Díaz Rodríguez tenía hacienda, aunque podía dejar de tenerla, el intelectual enfrentaba el destino como un azar, jugaba a todo o nada, y se mantenía con dignidad irreprochable, pero solitaria, o se vendía cínicamente. La seguridad funcional de la economía petrolera ha eliminado el riesgo de ayer. Un Blanco Fombona pegando gritos ultramarinos resulta, con democracia o dictadura, inimaginable. Incluso los engranajes de denuncia están aceitados. El comité impera, nacional e internacional. Ha desaparecido la personalidad, el yo, el maestro. No existen los discípulos. Ni hay lectores de un solo libro.

En parte, ¿no sería sensación parecida la que se apoderó de Blanco Fombona a su regreso? El fenómeno, incipiente entonces, es ahora general. Atrás el panfleto, el escritor-púgil, el duelista del intelecto. Enfrente, el proyecto y el programa, el escritor-partido, el tecnócrata cuya tragedia mayor sobreviene a la hora de “la toma de decisiones”.

Visto así, justifico plenamente libros como *Judas Capitolino* y *Cantos de la prisión y del destierro*, alrededor de los cuales se puede decir muchísimo más, ya en el plano de los contenidos. En el primero hay las denuncias acerca de la deseada y lograda, por Gómez, hegemonía de Estados Unidos; la impugnación del viaje de Mr. Knox; las características de la penetración imperialista; el papel de los intelectuales; los planes del nuevo dictador. En el segundo, en la sección prologal, una descripción memorable –y puede apartarse, por repetida, la

de los incidentes con el alcaide, con Ruiz y con delincuentes– de la vida en la cárcel panóptica. Es la visión más penetrante del mundo de la prisión *rotonda* que se haya hecho antes de la aparición de *Memorias de un venezolano de la decadencia*. ¡Y era esto y los poemas lo que le cobran a Rufino!

Uno y otro libro salen a la calle entre la publicación de *El hombre de hierro* y la de *El hombre de oro*, y he aquí un detalle que ha llamado muy poco la atención de los críticos literarios. A pesar de que su primera novela (¡novelín!) abre rumbos, porque redimensiona el enfoque social en momentos de una dictadura, y categoriza al lenguaje urbano, puede notarse que evita el desarrollo de un burdo *roman a clé*, como lo intentaría más tarde con *El hombre de oro*, en perjuicio de un cuadro político-social antes no logrado, pues en *Ídolos rotos* sólo hay la textura de un *ghetto* intelectual y en *Todo un pueblo* la de un mural satírico moralizante, pero no esa vasta comprensión de la familia venida a menos, el arribismo político, el *eterno femenino*, la felonía intelectual, la miseria humana. Un crítico certero le había reprochado ya a Arévalo González la inclusión de personas históricas dentro de la fábula de *Maldita juventud*; y él mismo, en *El hombre de hierro*, había procurado el facilismo tipológico con la atribución a dos personajes de las cualidades propias de Emma Bovary y Brummel, sin llegar al extremo de insertar, como en *El hombre de oro*, duplicaciones identificables, verbigracia la de Andrés Rata. Esa técnica retaliativa, fustigante, mala herencia del panfleto, pasaría a *La máscara heroica*, donde hace un doble juego con el nombre de Antonio Pimentel, ministro de Hacienda por un lado, delator por el otro, y persona-personaje; y donde además se victima políticamente a Gómez con el sobrenombre del *Monstruo*, así como a los sota-Gómez, no otros que los secuaces de alta jerarquía. En *La bella y la fiera*, ya ni siquiera se guarda el secreto: la fiera es Gómez y su ciudad es Mar-Cay (Maracay). Allí entran de cuerpo entero, y el dato verificable en las páginas de

historia corre como ficticio en la novela. Asunto de no acabar: en las *Confidencias imaginarias*, de Ramón J. Velásquez, se descubre el truco malabar a propósito, al centrarse el cuento en un Juan Vicente Gómez que habla de sí mismo y que remite su memoria a la del país, mientras que Arturo Uslar Pietri, en *Oficio de difuntos*, apela a una narración donde actos, personajes y ambientes pueden identificarse sin mayor esfuerzo. Pero quien más se acerca entre los narradores actuales al método fombonista de *El hombre de oro* es Francisco Herrera Luque, quien al fin y al cabo, como siquiatra, adivina que entre realidad y ficción hay menos distancia que entre la vida y el sueño, el día y la noche.

Semejantes procedimientos en la estructura, personajes y ambientes de la novela donde, por lo demás, todo está permitido, pudieran no ser peligrosos en otros países, pero en Venezuela sí. Justamente por intentar la conversión de lo ficticio en real, de lo gratuito en comprometido, de lo fabuloso en histórico, de lo autónomo en dependiente –y a la inversa–, la narración se sale de marco y adquiere significación trágica. Una obra tan terrible como *Memorias de un venezolano de la decadencia*, de cuyo autor Carmona Nenclares tuvo la gracia de decir que era *ponderado*, y en donde se va echando el cuento de Venezuela día a día, a veces año a año, pero siempre con la intención de que no quede nada fuera de la historia –asonadas, traiciones, crímenes, golpes de Estado, conspiraciones, torturas, ventas–, no promovió proceso contra Pocaterra, a pesar de que los cónsules y espías disponían de los medios para hacerlo, ni tampoco produjo atentado alguno, no obstante que la mano gomecista se había extendido hasta La Habana para echar al mar a Laguardo Jaime y hasta Curazao para matar a Hilario Montenegro.

En cambio, a Blanco Fombona, por *La máscara heroica*, novela o algo así que él califica de “escenas de la barbarocracia”, se le siguió juicio en Madrid, a petición de Cárdenas y Urbaneja, *el superespía* y *el pozo negro*, en tanto la obra era “recogida e incinerada”, siguiendo

una tradición que Alfonso XIII parecía dispuesto a cumplir. Uno lee aquel libro y se asombra, no sólo de los peregrinos cargos, sino de que la novela haya resultado más hiriente para el dictador que el texto de las memorias, verdadero expediente levantado contra Gomezuela, a escala mundial. Las alusiones al Benemérito, señaladas por los señores de la diplomacia y la adulación con el número de las páginas de la edición de Mundo Latino, no son precisamente las más urticantes entre las de Blanco Fombona: monstruo, bestia, patán. Lo narrado, nada tenía que sobrepasara a una conspiración antidictatorial, por ejemplo el complot cívico militar de 1919, que parece ser punto de inspiración. Y en fin la presunción de uno de los confidentes internacionales –que Blanco Fombona estaba enterado del asesinato de Juancho Gómez, cometido cuando la novela salió de imprenta–, obedecía al sombrío servilismo de contrarrestar la campaña propagandística del destierro –que era un crimen *griego*, familiar y dinástico, urdido por Gómez o por su hijo José Vicente– y arrastraba la enorme falla, perdonable en el submundo del espionaje, de olvidar que Blanco Fombona, y muchos más, como Jacinto López y *Pío Gil*, venían pregonando el tiranicidio desde tiempos atrás, y no cejarían de pregonarlo en los venideros. ¿Se quiere otra lección en este sentido? A Laguado lo secuestran en La Habana y lo lanzan al agua, pasto de tiburones, por haber predicado el terror individual; en este caso el *abyecto* era el cónsul Rafael Ángel Arráiz, y en todos los casos las víctimas resultaban los profetas del anarquismo, los tiranicidas verbales. Gómez y los suyos jamás dijeron que mataban. Los malos hijos de la patria morían, en cambio, en las cárceles y el exilio. ¡Y eran los terroristas! Ni más ni menos la historia de Machado y Morales y Julio Antonio Mella.

Publicaba en *El Sol*, de Madrid, su trabajo “Veintiséis años después”³⁸ cuando terminaba

³⁸Blanco Fombona. *El espejo de tres faces*. 1927, pp. 11-119.

Arcaya el libro *Venezuela y su gobernante*. Ojalá alguna vez cada venezolano pudiera tener frente a frente ambos testimonios porque sólo así podrá comprender la magnitud y el absurdo de lo que he buscado recoger en esta introducción. A propósito, siguiendo un consejo de Blanco Fombona, he eludido lo mítico, desaprobado lo consagratorio, y rebuscado, como cierta literatura norteamericana de comienzos de siglo, en los basureros de la historia. Para Arcaya, la Venezuela gomecista era el paraíso, Edén demostrable con las estadísticas que, como se sabe, sirven para todo. Para Blanco Fombona, era la barbarocracia regida por un patriarca otoñal que había perdido hasta la memoria y vivía “en una especie de idiotismo, juguete de quienes lo rodean”.

He intentado resumir el ciclo terrible del escritor venezolano formado en el clima asfixiante de las dictaduras. En este caso, Blanco Fombona como figura modélica de la literatura bélica, y Castro y Gómez como los legendarios hombres fuertes. En el fondo, el país sin memoria.

Lamentablemente quedaron fuera los análisis literarios y sociológicos, políticos e históricos, de su dilatada obra, porque él fue un proteico, pluriforme y controversial. Ha sido imposible enfocar sus estudios de más aliento como *El conquistador español del siglo XVI* o la *Evolución política y social de Hispanoamérica*, cuyo valor nadie ha discutido, y conste que a Blanco Fombona se le discutió prácticamente todo. La pasmosa reubicación de Bolívar, en ensayos, volúmenes gruesos, ediciones corregidas muy a su manera como la de Larrazábal, cruces polémicos con historiadores argentinos, poemas y discursos, tampoco han merecido una línea, tal vez porque merezcan libros sin epílogos. La evaluación de su devastadora campaña antiyanqui, que va desde la diferenciación entre Estados Unidos y la América española, hasta el examen del “timo de Monroe”, la segregación de Panamá, la epopeya de Sandino, la ocupación de Cuba y el folleto de Stead, ha sido asimismo pospuesta. Los ensayos como *La espada del*

Samuray, incluida la entrevista definitoria de Alberto Guillén, o los de *El espejo de tres faces*, en donde responde a Alberto Hidalgo para defender su novela *La mitra en la mano* –cuestionable a mi modo de ver– y hacer consideraciones en torno a la novelística moderna, serán tema de trabajos próximos. La cuentística, elogiada por Barbusse o criticada por Fabbiani, y la poesía, centro de disputas acerca del modernismo –también estudiado por él en textos apasionantes y sectarios–, apenas si han sido mencionadas. Y finalmente, sin alusión alguna, lo cual luce doblemente condenable en un prólogo para la “Biblioteca Ayacucho”, su labor editorial: primero porque fue gigantesca y a escala continental, como ésta, y segundo porque una de las colecciones de su empresa se llamaba “Biblioteca Ayacucho”, como ésta.

La culpa no ha sido del todo mía. En mucho le pertenece a Blanco Fombona, “alma del siglo XVI y hombre del siglo XX”, quien pidió castigo para el país sin memoria.